

FERNANDO DEVOTO - NORA PAGANO

HISTORIA DE LA HISTORIOGR ARGENT

SUDAMERICA

Laura Eugenia Huertas

El sutil encanto del
antimarxismo académico o
“para muestra basta un
botón”



En tiempos en que la expresión “batalla cultural” se hizo de uso corriente, a nadie sorprende conocer los diagnósticos sobre el panorama del campo académico nacional que incluye caracterizaciones generales como “paradigma dominante” o “visión hegemónica”, “colonialismo o cipayismo intelectual”, “eclipse del pensamiento crítico”, “exclusión del marxismo en las ciencias sociales”, etc. Pero si bien este reconocimiento del triunfo de la ideología neoliberal en los claustros se ha naturalizado, nos queda la pregunta sobre el *cómo*, la incertidumbre sobre las formas o métodos concretos mediante los cuales se combate y se derrota una corriente teórica que demostró toda su riqueza en décadas pasadas, cuando para acceder a una sólida formación crítica no era necesario mudarse a París porque nuestra universidad pública era un ámbito re-

ceptivo y altamente productivo en teorizaciones desde el marxismo.

En un artículo de tono erudito publicado en *Prismas*, Revista de Historia Intelectual, N° 8 (2004), “La historia comparada entre el método y la práctica. Un itinerario historiográfico” el prestigiado historiador Fernando Devoto analiza el “comparativismo” a lo largo de más de un siglo de historiografía occidental, advirtiendo desde el comienzo que “la comparación, objeto de muchas promesas, hizo pocos progresos”. Encuentra que la historiografía se aleja del empleo sistemático de la comparación por sus creencias en la irreductibilidad y la singularidad del proceso histórico y por considerar su objeto como “lo único, lo individual, lo cronológico”. Así el método comparativo resultaba extraño a la historia por “la combinación de una cierta definición de ciencia con la búsqueda de diferenciación de otras disciplinas que

la incluían en sus presupuestos metodológicos y con la unidad de análisis y de sentido que proveía el Estado-nación”.

Pero Devoto encuentra un uso profuso de la comparación en las ciencias sociales, porque “la opción nomológica se había hecho fuerte” en la economía, “pero fundamentalmente en la sociología.” Sobre esta última disciplina se remonta a los padres fundadores citando a Augusto Comte, para quien el objetivo de la sociología es la “investigación de las leyes, es decir, de las relaciones constantes que existen entre los fenómenos observados” y a Emile Durkheim, para quien el comparativismo era el método conveniente, a los efectos de descubrir causalidades y leyes. Se detendrá también en la tradición weberiana donde, además de la construcción de tipologías, la comparación se utiliza para individualizar las características singulares de un único proceso histórico: “el proceso de racionalización del mundo característico de la modernidad”. Hagamos notar aquí que entre las tradiciones con influencia en la sociología Devoto elige excluir a quien hizo una de las contribuciones más importantes al pensamiento sociológico, no sólo por las ideas enormemente ricas que expuso, sino porque “su obra provocó una respuesta que explica, en gran medida, el carácter de toda la sociología occidental” funcionando como un verdadero “manantial intelectual” a partir del cual la mayoría de “los supuestos, los conceptos y las teorías del pensamiento posterior se formaron en el debate” con su *fantasma*,¹

¹ Zeitlin, Irving: Ideología y teoría sociológica. Amorrortu editores, Buenos Aires, 1997.

nos referimos, claro, a las contribuciones al pensamiento social de Karl Marx.

Entonces, hasta aquí, la suerte del comparativismo es para Devoto la coincidencia de algunas variables contingentes, referidas a tradiciones formativas, usos y costumbres disciplinares, y a marcos de referencia espacio-temporales particulares. Lejos de involucrar concepciones y posiciones fuertes sobre la realidad, el comparativismo es reducido a una *tecné*, y a una opción inocua entre un menú de posibilidades.

Pero encuentra que “serían los grupos más interesados en un diálogo con las otras ciencias sociales y/o aquellos hastiados, luego de la Primera Guerra Mundial, por los efectos de una historia nacional y nacionalista, los que buscarán en la historia comparada una nueva vía más ‘científica’ y a la vez lejana de fanatismos y patriotismos.” Curiosa formulación elíptica la de Devoto para datar el momento en que la historia se suma, finalmente, a los debates en el interior del pensamiento social, mencionando como al pasar el hito que representó la Gran Guerra, dejando en sombra u ocultando en el mismo movimiento que a partir de allí la Revolución de Octubre de 1917, como fundación del primer Estado proletario cuya ideología oficial será el marxismo, le planteará a las ciencias sociales un nuevo programa en el cual a los objetivos de conocer y explicar la realidad social se sumará el problema de cómo cambiarla.

Veamos qué dice Eric Hobsbawm en su último trabajo, donde presenta

un exhaustivo análisis del campo intelectual y de la cultura de izquierda, y nos permite poner en contexto el recorte que hace Devoto restituyéndole su historicidad. A partir de la Revolución Rusa el marxismo se convierte en una fuerza vigorosa en Europa; primero fue difundido y monopolizado por los Partidos Comunistas y de base netamente proletaria, pero a partir de la Crisis del '30 y el ascenso del fas-

cismo en Alemania la afluencia de intelectuales hacia estos partidos fue un fenómeno nuevo y notorio en toda Europa y en EE.UU, y el antifascismo fue una causa y un puesto de lucha que imbricó fuertemente a los intelectuales marxistas a una cultura internacional de izquierdas compartida. Se dio una genuina internacionalización de la cultura que vincula a las grandes figuras del campo intelectual con el



HISTORIA DE LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA

SUDAMERICANA

marxismo, y esta radicalización “estaba fundamentada en una respuesta a la crisis traumática del capitalismo”² La potencia simbólica de lo que Hobsbawm define como “la era del antifascismo” se explica porque el ascenso de Hitler en Alemania significó que los movimientos fascistas se convirtieran en todo el mundo en vehículo de la derecha contra los sectores progresistas en cada país; “el fascismo era un peligro doméstico tanto más ominoso por su carácter internacional”. Y además era mucho

más que una amenaza política: los intelectuales eran conscientes de que estaba en jaque el futuro de toda una civilización, ya que el fascismo rechazaba al liberalismo y a “toda la herencia cultural de la Ilustración. [...] En la lucha contra el fascismo, el comunismo y el liberalismo estaban, en un sentido profundo, luchando por la misma causa”. Pero más importante es que fascismo significaba guerra; así el antifascismo se acercaba cada vez más a los comunistas, que no sólo habían preconizado desde la primer hora la necesidad de una poderosa alianza antifascista y de resistencia en la teoría, sino que habían desempeñado un papel visiblemente destacado, e incluso heroico, en las luchas prácticas.

Esta relación con el marxismo transforma profundamente el clima de ideas en todo el campo científico e intelectual donde “el marxismo es considerado como la clave para en-

tender una amplia gama de fenómenos que hasta entonces habían sido incomprensibles y desconcertantes”. Tuvo atractivos importantes ya que integraba los campos del conocimiento, sostenía la creencia en un universo objetivamente existente y racionalmente cognoscible frente a uno indeterminado e incognoscible, frente al agnosticismo filosófico, el positivismo y el idealismo; y aportaba “una aproximación global e integrada al universo y a todo lo que este contenía en un momento en que parecía haberse desintegrado.” Pero fundamentalmente, el marxismo incluía el proceso científico en los movimientos de la sociedad, porque ponía en evidencia y en discusión la importancia social de la ciencia, la necesidad de su desarrollo y el papel del científico en la sociedad.

Sólo en este contexto se puede comprender la suerte del comparativismo, que lejos de ser una herramienta inocua que se elige al azar de

una cantera de recursos metodológicos, está dialécticamente vinculado a una concepción epistemológica, a lo que Devoto insiste en llamar “opción nomológica” para referirse a la búsqueda de leyes generales, y está relacionado con la preeminencia o no del marxismo en el ámbito académico, porque la fuerza gnoseológica que lo mueve es una búsqueda que apunta a desentrañar la realidad material y los procesos de cambio social.

Con el subtítulo “La comparación en la segunda posguerra” De-

voto se detiene en escuelas y trabajos que desde la sociología histórica hicieron uso profuso y sistemático del comparativismo en este período. Pero aunque Devoto no lo dice, según Hobsbawm después de la Segunda Guerra Mundial se abre un proceso motorizado por tres causas convergentes que explican la centralidad del marxismo y su debate en el universo intelectual: esta ideología nunca ha dejado de representar formidables fuerzas políticas (convertido en “ideología oficial de Estados en los que, en su punto álgido, vivía aproximadamente un tercio de la raza humana”). Su carácter internacional era un atractivo fuerte para la izquierda, y para sus críticos se presentaba como un peligro sin fronteras. Por otro lado, el marxismo había sido siempre una crítica revolucionaria del statu quo con serias pretensiones intelectuales; para la década de 1970 prácticamente todas las corrientes que planteaban

²Hobsbawm, Eric: ¿Cómo cambiar el mundo? Crítica, Buenos Aires, 2011.

un cambio de sistema, describían sus objetivos en términos de “socialismo”. En tercer lugar, la envergadura del desafío teórico que planteaba el marxismo a todo el universo intelectual ejercía un extraordinario atractivo; era impensable una legitimación intelectual sin posición fundamentada en este debate. Estos factores impactan en las ciencias sociales de forma arrolladora, determinando en gran parte el repertorio de preguntas, temas, objetivos y metodologías que se vuelven hegemónicas al interior del campo intelectual.

Sólo desde este contexto se puede comprender la preeminencia del comparativismo, que se vuelve lógicamente imprescindible para programas de investigación dominados por los problemas acuciantes planteados por el cambio revolucionario de la sociedad, y en gran medida, por el universo categorial del marxismo. La mirada sobre el pasado busca las claves para transformar el presente; así, los grandes procesos de transformación histórica se comparan con la crisis del capitalismo y con la esperanza puesta en el socialismo. Modos de producción, clases sociales, estructura y superestructura, formas de dominación; todo es objeto de comparación en una búsqueda apasionada de la alquimia del movimiento social... en este mundo en transformación vertiginosa la comparación es un recurso imprescindible no sólo para interpretarlo, sino para poder orientar esos cambios.

Si bien es indudable que hacia los '70 el gran movimiento de renovación historiográfica se había impuesto ampliamente sobre la historia académica tradicional, a mediados de esa década aparece un nuevo escepticismo respecto al intento de comprender cien-

tíficamente la estructura y el cambio de las sociedades humanas. La economía neoclásica volvía a reducir la sociedad a un conglomerado de “individuos que persiguen racionalmente sus intereses y cuya finalidad era un equilibrio ahistórico de mercado.” Mientras los historiadores “huían de los métodos tan apreciados por las ciencias sociales y de la ‘gran cuestión’ interdisciplinaria de la transformación social para retroceder al análisis narrativo”.

Al poner en evidencia la correspondencia entre períodos de auge de una corriente ideológica con una metodología de análisis, intentamos mostrar que la adopción de un método, en este caso el comparativismo, no es ni moda, ni capricho, ni contagio al interior del campo intelectual (como se desprende del trabajo de Devoto), sino que es concomitante a profundas concepciones compartidas, que remite a posiciones ideológicas en permanente lucha con posiciones rivales que nos hablan del problema del *status quo*. La operación de objetivación aséptica, desideologización y descontextualización, de ocultamiento de las consecuencias políticas de la adopción de un método científico, es también una clara opción y posicionamiento ideológico desde los que el autor enuncia. Esto nos muestra cómo, con discreto encanto y solapadamente, se combate al pensamiento crítico en el ámbito académico. La desvalorización de la discusión teórica, la preeminencia del individualismo metodológico, el formalismo academicista y la tendencia a la parcelación disciplinar son componentes de lo que se ha llamado “pensamiento único”, que podemos traducir como la sumisión de la intelectualidad al capitalismo más salvaje

y depredador que ha conocido la humanidad. La derrota, en síntesis, de la confianza en que además de interpretar el mundo, podemos y debemos cambiarlo.

comparativismo, que se vuelve lógicamente imprescindible para programas de investigación dominados por los problemas acuciantes planteados por el cambio revolucionario de la sociedad, y en gran medida, por el universo categorial del marxismo